

LA VERDAD

DIARIO CATOLICO.

AÑO III.

PRECIOS DE SUSCRICION.—Santander: un mes, 1 peseta 75 centimos; tres meses, 4'50.—En el resto de España: tres meses, 5 pesetas.—Extranjero: seis meses, 20 idem.—Antillas Españolas: seis idem, 25 idem.—Repúblicas hispano-americanas: un año, 50 idem.—PAGO ADELANTADO.

SANTANDER

Martes 15 de Diciembre de 1885.

PRECIOS DE ANUNCIOS.—Primera plana y gaceti-lla, 0'25 centimos de peseta línea.—Tercera plana, 12 idem de idem.—Cuarta plana, 6 idem de idem.—Comunicados, 0'25 idem de idem línea.—Papeletas de defun-cion, 5 pesetas.—Rebaja proporcionada al número de inserciones.

NÚM. 868.

Se suscribe en la Administracion, Santander, calle del Puente, número 16, y en las principales librerías del reino.

El pago de las suscripciones será adelantado, remitiendo su importe en libranzas del Giro mú-tuo, ó en sellos de comunicaciones por carta certificada dirigida al Administrador del periódico D. J. Antonio Perez, calle del Puente, número 16.

En la librería católica, Puente 16, acaba de recibirse la importantísima obra titulada:

CONFERENCIAS,

sobre las letanías de la Santísima Virgen, por el P. Faustino de Miechow, de la orden de predicadores, publicada por primera vez en castellano.

INTERESANTÍSIMO.

Hecha ya la numerosa tirada que anunciamos de la hermosa Pastoral de los señores Obispos del Ecuador, se halla de venta en la librería católica, Puente, 16.

Aquel magnífico documento consta de 32 páginas en 4.º y se veude al precio de un real ejemplar.

Recomendamos á nuestros amigos la adquisi-cion de esta pastoral, que nunca será bastante mente alabada.

Boletín Religioso

Santo de hoy.—Santa Cristina, vg, San Eu-sebio, obispo y mártir y San Valeriano, obispo.

LA VERDAD

Santander 15 de Diciembre de 1885.

En todos y en cada uno de sus párrafos, hacemos nuestro el artículo de nuestro querido compañero *El Siglo Futuro* que á continuación transcribimos y sobre el que llamamos la atención de nuestros lectores.

Algo habíamos pensado nosotros decir hoy mismo, y algo teníamos escrito sobre el asunto, pero convencidos de que no habíamos de tratar la cuestión de manera tan elevada y magistral como lo hace nuestro estimado colega, desistimos de nuestro humilde trabajo y damos á conocer el de nuestro ilustrado compañero, con lo que salen juntamente gananciosos nuestros lectores y el asunto trascendental y gravísimo que en el artículo *In hoc signo vinces* se desarrolla. Conveniente será, no obstante, que digamos por nuestra cuenta, que nosotros no aceptamos ni aceptaremos nunca transacciones con la revolucion, y que queremos más pelear solos y morir solos al pié de la cruz, como dice elocuentemente *El Siglo Futuro*, que adquirir puestos acompañados de los revolucionarios; puestos, que despues de todo, nos apartarian del santo objetode nuestros afa-

nes; es decir, de la defensa de Dios, de la patria y del derecho, porque la revolucion significa precisamente todo lo contrario de lo que nosotros queremos ver triunfar en todas las esferas de la actividad humana.

Nosotros no cerramos los brazos á los que verdaderamente arrepentidos de sus culpas y despues de haber hecho pública retractacion de las mismas quieran venir á cobijarse bajo el lábaro santo de Constantino, pero nunca, nunca iremos nosotros á confundirnos con liberales, de cualquier especie que sean, bajo el funesto estandarte del liberalismo.

Abren estos los ojos á la luz de la verdad y reconozcan solemnemente su impotencia para gobernar bien y en justicia á esta nacion, hoy tan desventurada como era ayer grande y dichosa, pero nunca esperen que rechacemos nosotros la luz que nos alumbraba para ir á sentarnos en las tinieblas de la muerte en que el liberalismo vive asentado, y desde donde distribuye á manos llenas sobre esta triste España errores y discordias, miserias y calamidades de todo linaje y especie.

Despues de dejar consignada esta solemne protesta, vean ahora nuestros amigos el magnífico artículo de nuestro compañero *El Siglo Futuro*:

IN HOC SIGNO VINCES.

Como nuestros lectores han visto, aquí nadie piensa más que en librarse de la revolucion material, de la revolucion que hace que el dinero se esconda y bajen los valores públicos: de la revolucion que no deja andar tranquilamente por la calle, ir sosegadamente al teatro y bailar alegremente; de la revolucion bulliciosa y vocinglera que perturba con sustos y sobresaltos las funciones de la digestion á los que comen, el goce de las comodidades y los placeres de la vida moderna á los que se divierten. De la verdad nadie se acuerda, de la justicia á nadie le importa; como no sea para pedirnos que las abandonemos como antiguallas imposibles, y nos vayamos á conservar unos años más, con una conciliacion absurda, el orden liberal, la situacion revolucionaria donde tan bien lo pasan los que solicitan nuestro concurso.

Y no dudamos que esos argumentos ad-

terrem, de revueltas y trastornos republicanos, tendrán fuerza incontrastable en la Bolsa, en la alta banca, en los salones del gran mundo, para quien tenga mucho, ó por lo ménos, algo que perder; pero ¿qué fuerza han de hacer en la España tradicional ó católica, que ya lo ha perdido todo?—Tenia grandes riquezas, admirablemente distribuidas entre grandes señores, entre asombrosas instituciones de enseñanza y caridad, entre iglesias y monasterios que, sin agobiarla con tributos y gabelas, de balde y con amor le cuidaban de sus pobres, la aliviaban y salvaban en todas sus crisis, le educaban é instruían á sus hijos, la daban sabios y artistas, fomentaban sus ciencias y sus artes, la cubrian de monumentos insignes, la llenaban de gloria y esplendor y bienestar y grandeza. Tenia un organismo político tan arraigado en sus entrañas, tan conforme con su naturaleza y á sus costumbres, que todas las pasiones humanas conturbadas y revueltas ni á soñar se atrevían en los cambios y trastornos que hoy derriban de la noche á la mañana troncos, repúblicas, imperios, y á cada instante entregan los pueblos, como si acabaran de nacer, á todos los horrores de los períodos que llaman constituyentes. Tenia riqueza, paz, sosiego, poder, grandeza, y sobre todo tenia la santa concordia de pensamiento y accion en la unidad de la fé, que hacia á todos sus hijos hermanos, que resolvía todos los problemas y disipaba todos los conflictos y hacia imposibles las guerras civiles, las luchas intestinas y las revoluciones que hoy la conturban y aniquilan. Esos que ahora nos piden socorro, esos se repartieron sus riquezas, esos destruyeron su organismo político, esos la quitaron la unidad de su fé, esos la privaron de paz y de sosiego y de poder y de grandeza, y á cada paso la inquietan con nuevas revueltas, y á todas horas la esquilman y desangran con impuestos y exacciones que ya no puede sufrir su debilidad y su pobreza. ¿Y quieren que la España tradicional y católica transija con los errores que la destruyen, y sacrifique sus creencias, y renuncie hasta la única esperanza que le queda de restauracion, para ayudarles á conservar y perpetuar y consolidar tantos desastres?

No; la España tradicional ó católica no quiere dar, no dará jamás lo que ahora se pide. No; la España tradicional ó católica no transigirá nunca con el error, no abandonará jamás ni cederá ni mermará en un ápice siquiera sus principios. Y hagan lo que hicieren, tramen lo que tramaren sus enemigos, sus principios la salvarán.

No son los hombres, son los principios, y únicamente los principios verdaderos, los que pueden dar asiento sólido, y prosperidad y progreso á las naciones. Hombres más grandes, en su línea, que Alejandro, César, Napoleon, no los ha conocido el mundo; si existieron otros más grandes, en su línea, sus obras no los han manifestado y el mundo no los ha conocido. Pero la obra de Alejandro se desplomó con su muerte como castillo de naipes; la obra de César, breve tiempo sostenida por Augusto, llegó bien pronto á ser horror del mundo con Calígula y Neron, y ludibrio de las gentes con Galba, Oton y Vitelio; una batalla perdida bastó para hundir todo el poder y toda la fuerza de Napoleon en las rocas de Santa Elena.—Las monarquías cristianas no siempre tuvieron Césares y Alejandros, que no en todos los pueblos ni en todos los siglos nació un Alfredo el Grande, un Carlomagno ó un San Fernando; pero, fundadas en los principios verdaderos, crecieron firmes y estables; de pueblos recién convertidos del paganismo y la barbaria hicieron naciones cultas y florecientes; y dominando el continuo revolver de las humanas pasiones, desafiando la incesante accion y el perpétuo andar y moverse de los tiempos, vivieron y prosperaron siglos y siglos; y al amparo y por virtud de la Iglesia de Dios constituyeron aquella admirable cristiandad, aquella Europa cristiana, aquel gigante colosal de cien millones de brazos con un solo corazon y una sola cabeza, que no cabía en sí mismo, y se desbordaba por Oriente, é invadía el Nuevo Mundo, y por todo el orbe derramaba su vida, su luz y su grandeza; aquel asombroso conjunto de leyes nunca oídas é instituciones jamás imaginadas, de ciencias y de artes, de grandezas y glorias, de civilizacion y cultura, de variedad esplendorosa y nunca vista, y de inquebrantable unidad que no tienen igual, ni semejante, ni nada compa-

—239—

Esperaba que el abate Saintaz se decidiera á quedarse haciéndole creer que le recibía con sencillez y sin ostencion, porque, como Lúculo, usaba frases convencionales conocidas por sus criados, á los cuales acababa de encargar el más suntuoso festin que pudieran servir.

—Siento verdaderamente, señor mio, no poder aceptar hoy. Vengo á pedir un favor y necesito dejaros al instante.

—Os marchareis cuando os plazca... ¿Queréis que anticipe la hora?

Sin dar tiempo á las excusas del párroco, llamó de nuevo.

—Que pongan la mesa en seguida! Y venid á vestirme... No os pido más que cinco minutos, señor cura.

VIII.

El verdadero objeto de la visita del párroco estaba ya cumplido. Irma habíamuerto. Quería saber si era conveniente que Clotilde hiciera su

—238—

denaba la egoista dureza de los aristócratas y de los nobles.

El *Padre Duchesne* se radactaba, al ménos, en una cantina; y cuando Marat disparaba contra la nobleza los descompuestos rugidos de su génio sanguinario, no habitaba ningun suntuoso palacio; Marat era pobre, y más que á la abundancia debía su cinismo á la propia inspiracion. M. Baugé estaba muy por encima de Marat.

El novelista se levantó precipitadamente á la llegada del párroco y apenas tuvo tiempo para arreglarse y ponerse una bata.

—Me obligásteis á que os hiciera una visita, le dijo el abate Saintaz, y ya veis cómo cumplo mi palabra.

—Mucho os lo agradezco, señor cura, y cuento con que me acompañareis á almorzar.

—No puedo aceptar, por hoy, vuestro fino ofrecimiento...

—Ni os dejaré yo marchar, dijo el novelista, y llamando vivamente:

—Poned, dijo al criado, un cubierto para el señor cura y tratadnos *sin cumplido*.

—235—

en él los ojos con asombro. Los morillos de bronce esculpido terminaban en esbeltas cabezas de galgo. Columnitas estriadas de mármol bermejo coronadas de capiteles de orden compuesto sostenían la cornisa de la chimenea. El reloj estaba colocado en un heliótropo de un verde matizado figurando la fachada gótica de una iglesia con sus campanarios, frisos y molduras. Dos pares de jarrones de ágata contenían olorosas flores; bugías de color adornaban dos candelabros de seis brazos.

Un espejo de Venecia llenaba todo el frente de la chimenea.

El marco era cincelado y representaba las yerbas que flotan á orilla de los pantanos, cuyo verde azulado resaltaba en el blanco mate del cristal.

La estancia se hallaba alumbrada por una luz tibia y opaca. La cortina de seda azulada, sembrada de dibujos alegres, estaba recojida para dar paso al aire fresco de la mañana que penetraba por entre las delgadas tablas de la persiana. El

LOS AMIGOS DEL PUEBLO.—T. I. 40

rable en la historia del género humano. Ni la ambición, ni la avaricia, ni la envidia, ni los odios y rencores que arden y hierven y nunca reposan en la triste prole de Adán pudieron quebrantar aquella obra portentosa de la verdad y la justicia amparadas y vivificadas por la Iglesia de Dios. Mas brotó de los infiernos el libre exámen, atacó á los principios verdaderos, llenó los entendimientos de duda y los corazones de flaqueza, y al instante se agitaron con horribles sacudidas las sociedades, se hundieron reinos é imperios, y toda la tierra se conmovió. ¡Oh increíble ceguera! ¡Oh inconcebible locura! ¿Y se quiere volver la paz á los pueblos y salvar al mundo prescindiendo de los principios que son su salud y su vida, transigiendo con los errores que son la enfermedad y la muerte?

Dicennos que España está muy perdida, que el error ha echado en ella hondas raíces, que nuestro triunfo es imposible, que no nos obstinemos en lo que no puede ser, cedamos y transijamos con el error. ¿Para que ahonde más sus raíces, sin nuestra contradicción que le contiene, y aún con nuestra ayuda?—No conocen aún á los tradicionalistas españoles. Los tradicionalistas españoles son hijos de Pelayo, son hijos de los héroes de la Independencia: ¿quién les puede negar el derecho de pelear y morir gloriosamente como sus padres? ¿Quién les puede quitar la esperanza de triunfar, como sus padres, aún de lo imposible? Pelayo comenzó la Reconquista con cuarenta hombres: nosotros somos más de cuarenta. El Dos de Mayo, y en Zaragoza, y en Gerona y en Bailén, nuestros padres tenían en frente á Napoleon con sus ejércitos, vencedores del mundo: los enemigos de ahora no son tan poderosos ni tantos.

Hace cincuenta años dijeron los tradicionalistas á los liberales:—por ahí vais á la ruina; no os queremos seguir, al contrario, pelearemos por salvar á nuestra patria de la ruina.—Poseían los liberales el poder; vencieron, Dios sabe cómo: los tradicionalistas quedaron esperando; su anuncio se ha cumplido, y los liberales les dicen:—¡que perecemos! ¡Venid y ayudadnos á emprender de nuevo nuestra obra de perdición!—¿E imaginan los liberales que los que han esperado, contra toda esperanza, medio siglo, se van á cansar de esperar y á echarse en sus brazos cuando ellos mismos confiesan que están para perecer?

No; es inútil hablarnos de juntar la luz con las tinieblas y á Jesús con Belial, por que sabemos que «no se puede servir á dos señores.» Es inútil ofrecernos ventajas materiales ni amenazarnos con la pérdida de sosiego, de comodidades y riquezas: «buscamos ante todo el reino de Dios y su justicia, y esas cosas se nos darán de añadidura.» Es inútil buscar la salud en absurdas, imposibles transacciones: queremos ser com-

parados al «que edificó sobre peña, y descendió la lluvia, y vinieron rios, y soplaron vientos, y dieron impetuosamente en la casa, y no cayó, porque estaba cimentada sobre peña;» no queremos ser comparados al «hombre loco que edificó su casa sobre arena, y descendió lluvia, y vinieron rios, y soplaron vientos, y dieron impetuosamente sobre la casa, y cayó, y su ruina fué muy grande.» es inútil decir que lo prudente es ceder, lo cristiano es transigir, y que en la conciliación con el error hallaremos paz y ventura; porque Jesús nos ha dicho: «si perseveráreis en mí palabra, verdaderamente seréis mis discípulos, y conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres.» Si el mundo no quiere creer en la promesa de Dios, peor para el mundo: nosotros estamos resueltos á ser libres en la verdad. Y la integridad de la verdad, León XIII lo ha dicho, «no puede en ninguna manera subsistir con las opiniones que se allegan al naturalismo ó al racionalismo, cuyo fin último es arrasar hasta los cimientos de la religión cristiana, y establecer en la sociedad la autoridad del hombre, postergada á la de Dios.»

No; es inútil; no cedemos, no transijimos. Cuando Constantino, acampado en frente del puente Milvio, comparaba sus fuerzas con los ejércitos mucho más numerosos de Majencio, y pedia con instancia al Dios de su padre Constantio que le diese fé y amparase su flaqueza, Dios no le dijo que quemase incienso á los ídolos, ni que participase de los crímenes de Majencio, ni que transigiese y se conciliase con los italianos y moros que servían al tirano. Sino en la mitad del día extendió sobre el sol una cruz resplandeciente de vivísima luz, y grabó en ella un mandato: *In hoc vince.*

Y en esa misma señal queremos vencer nosotros. Si triunfamos, nuestro triunfo ha ser el triunfo íntegro, completo y absoluto de la cruz. Si la cruz no ha de triunfar, tampoco queremos triunfar nosotros. Si la cruz es vencida, también nosotros queremos ser vencidos. ¿Se quiere la unión con nosotros? El que esté con la cruz íntegramente, sin reservas ni desmayos, ese estará con nosotros, en el vencimiento como en la victoria: el que del todo no esté con ella ó esté contra ella, estará contra nosotros. No queremos, ni buscamos, ni sufrimos más lazo de unión que Cristo. Vencedores ó vencidos, un triunfo tenemos asegurado, mientras Dios nos dé su gracia: el de no dejarnos ganar por el error; el de no dejarnos vencer por ningún halago, ni promesa ni amenaza; el de no consentir ruga ni mancha ni giron en nuestra política; el de vivir y sufrir y pelear hasta morir por Cristo, en Cristo y para Cristo.

Pisto político

Véase cómo esprime su chirumen

el diario político *El Resumen*:

«Persona autorizada para nosotros, digna de todo crédito, y que por su posición vive por completo alejada de la ardiente lucha de los partidos, nos dice hoy en carta que á la vista tenemos que don Carlos de Borbon está enfermo de gravedad. La enfermedad no es otra que una tuberculosis en la laringe.

La afonía es ya tal, que apenas se le oye. D. Carlos no sale de su habitación, no puede moverse ni permite tampoco que nadie le vea. Del palacio de Loredan se ha expedido una orden á D. Alfonso, hermano de D. Carlos, para que esté preparado por si ocurre algo.

La persona que nos comunica estas interesantes noticias añade que la permanencia de D. Carlos en Venecia y los trabajos para la reunión en una de las dos ramas de la casa de Borbon, no tienen otra explicación *verdad* que esta dolencia.»

¿Conque también D. Carlos padece una tuberculosis?

¡Zapateta!

A estos pobres diablos liberales les sucede lo que á cierto pobre hombre que, habiendo recibido una soberana paliza sobre sus costillas al volver de una esquina, en todas veía manos armadas de sendos garrotos.

¡Pobrecillos!

Y es que ellos mismos piensan de este modo:

Puesto que una tuberculosis nos ha dejado reducidos al triste estado en que nos vemos, busquemos otra que alivie algún tanto nuestra apurada situación.

Y claro.

Se la han colgado á D. Carlos cuya actitud y salud robusta produce fiebre en los acongojados espíritus liberales.

Lo que deben hacer estos es procurar curarse de la *tuberculosis* que padecen.

Esta si que es enfermedad mortal que á la postre dará con los cuerpos liberales en tierra.

Así sea.

Esta noticia es de *El Diario Español*:

«Muchos diputados de la mayoría conservadora afectos al Sr. Cánovas se proponen combatir los proyectos del Sr. Camacho, singularmente el de ventas de montes públicos y consumos, si por casualidad los presenta al debate el señor ministro de Hacienda.»

Es decir, que por cuestión de montes ó de pastos, conservadores y fusionistas van á romper el armisticio que tenían pactado.

Entre gentes liberales la cuestión de pechos ha sido siempre la más trascendental de todas.

La Unión á El Imparcial:

«Dice *El Imparcial* «que hay motivo para esperar que ahora va á suceder todo lo contrario que sucedió con motivo de la muerte de Fernando VII.»

Para estar en lo cierto *El Imparcial* debia haber dicho que hay motivos para creer que ahora va á suceder todo lo contrario que sucedió *después* de la muerte de Fernando VII.

De *El Liberal*:

«En Nueva York, además de haber un tranvía,

por cuatro cuartos nada más, como cantan en *La vuelta al mundo*, se ha abierto una suscripción pública para mandar á Pa-

ris, á la clínica de Pasteur, cuatro muchachos, pobres de fortuna, mordidos por perros rabiosos.»

De aquí podemos mandar á Mr. P. Stuer no cuatro sino cuatro mil políticos atacados de mal de rabia y que siempre están mordiendo al país.

¡Que bien quedaría este si aquellos politiquillos hidrófobos y clerófobos pasasen á manos del célebre médico francés.

EXEQUIAS DE D. ALFONSO.

EL CUERPO DIPLOMÁTICO.

Hé aquí cómo *La Epoca* apunta con curiosa minuciosidad el desfile de los enviados extraordinarios:

«Ocupaban el presbiterio bajo, en el lado del Evangelio, los príncipes de estirpe régia, y en el de la Epistola los embajadores y misiones extraordinarias.

Estos príncipes eran D. Augusto de Portugal, que llevaba uniforme de general de división, de paño azul con charreteras de oro y la banda de Carlos III.

El príncipe de Baviera, con uniforme de capitán del segundo regimiento de coraceros bávaros, con el Toison de Oro y la banda de la orden de San Humberto.

El archiduque Eugenio Fernando, con uniforme de teniente del regimiento de husares núm. 2 «Gran duque Nicolás de Rusia», consistente en pantalón encarnado y chaquetilla azul bordada de oro y chascás con enorme plumero verde: cruzaba su pecho la banda de Carlos III.

El archiduque Federico, con uniforme de general de brigada, guerrera blanca con vivos encarnados, pantalón del mismo color, galoneado de oro, tricordio con plumas verdes; también llevaba la banda de Carlos III.

Entre los embajadores extraordinarios estaban el duque de Wellington, enviado de Inglaterra, vestido con el sencillo uniforme de coronel de Granaderos de la Guardia, que es de paño oscuro con charreteras doradas y casco de fieltro; el general Schuvaloff, embajador ruso, con el gran cordón de San Alejandro Newsky; S. A. el príncipe Hohenlohe, gobernador de Alsacia-Lorena, con uniforme diplomático y la banda amarilla del Aguila Negra; el baron des Michels, embajador de Francia, también con uniforme diplomático y la banda de Carlos III; el general Garavaglia, con uniforme de guías de caballería italiana, consistente en guerrera negra con cordones de plata, pantalón gris con franja blanca partida y las placas de San Mauricio y San Lázaro, y la corona de Italia; el enviado extraordinario de los Países-Bajos, Mr. Stuer, con uniforme diplomático; el ilustre americano general Guzman Blanco, con uniforme análogo al antiguo del Estado Mayor general del ejército español, casaca azul con solapas rojas bordadas de oro, pantalón *grancé* con ancho galon de oro y tricordio con plumas blancas, cruzando su pecho la banda de Carlos III, sobre la que se destacaba la medalla con el busto del libertador Bolívar y el *Sol de Abril*, espléndida condecoración de brillantes y rubíes, de un valor de 60.000 pesos que el Congreso de Venezuela presentó al expresidente de aquella república en testimonio de gratitud por los servicios que prestó á su patria; el duque de Usell, embajador de Bélgica, gobernador del Hainaut, con uniforme administrativo y la banda de la Orden Leopoldo.

También estaban los ministros de los Estados Unidos Mr. Curry, sencillamente vestido de frac y corbata negra; el de Rumania, Sr. Plangini; el del Japon, marqués de Hachisuka-Mochiaki, con la banda de Isabel la Católica; el de China, Chu-Ho-Chium; el de Turquía, Serneh-Effendi.

techo y las paredes veíanse adornados de pinturas indecentes y cuerpos desnudos.

Los sillones y confidetes de terciopelo verde, hábilmente tallados, estaban colocados con simetría por todos los lados de la sala, y en macetas de forma singular, distribuidas en los ángulos, crecían plantas exóticas que era renovadas con esmero todas las semanas.

Una descomunal lámpara bajaba del centro del cielo raso entre dos vasos etruscos desde los cuales se descolgaban, como dos grandes pendientes, espesos racimos de yedra con sus tallos, sus flores y sus frutos.

La mesa del escritorio daba al interior. El tapiz de color de rosa que la cubría ocultaba las cariátides talladas en los pies. Sobre la mesa, unas botellas y un escritorio tallado en un trozo de mármol negro, cuyos brazos sostenían una pluma de oro finísimo, el cuchillo para cortar pape era de nácar.

Cuando M. Baugé se ponía á escribir, que era comunmente después de comer, cualquiera que fuese la hora, cerraban las ventanas y se encen-

dian brillantes y perfunadas bugías. Vestíase como para asistir á un baile, con frac, camisa fina, botas de charol y guante blanco, y en esta disposición se tendía sobre un sillón giratorio. Las niñas se collocaban á su alrededor lujosamente engalanadas y en un silencio absoluto. Una de ellas tenía en la mano una botella de champagne y un vaso que llenaba á la primera señal; esto es, cuando la musa dejaba de soplar al novelista. Otra preparaba los guantes para que pudiera cambiárselos de hora en hora. Althéa le arreglaba los cabellos cada vez que algún mechón salía de su sitio; y la última, recostada en un sofá frente al escritor no tenía más ocupación que la de sonreírse, con gana ó sin ella.

Rodeado de estas flores, de estos perfumes, de estas sonrisas y de este lujo, era como M. Baugé vomitaba sus elocuentes declamaciones contra las riquezas, vertiendo lágrimas y gritos de piedad en favor de los sufrimientos de la pobreza y de la miseria.

Así es como visitaba los tejados y boardillas que describía con tanta propiedad; y por eso con-

aprendizaje en la quinta, como lo habia ofrecido M. Baugé.

Lo que acababa de ver respecto á costumbres en casa del novelista le habia edificado suficientemente.

Conoció en seguida que una muchacha joven no podia vivir allí exenta de peligros y, sin formar dentro de sí acusacion alguna temeraria contra su huésped, resolvió no colocar la obrera junto á aquellas odaliscas.

M. Baugé por su parte discurría:

Los viejos son siempre sensibles á los encantos de una buena comida; es preciso que yo entretenga al cura; la mesa nos aproximará, la intimidad nacerá con las copas; estoy seguro de que mis vinos le harán simpático... Mucha desgracia será la mia si no le hago ver entre los vapores del café, á su nieta presidiendo mis futuras comidas.

El apetito del novelista era, de ordinario, muy caprichoso. Siempre tenia, por precaucion, en su despensa los platos necesarios para servir un convite improvisado. El almuerzo no se resintió de la precipitación con que habia sido dispuesto.

